

Las diferencias entre la geopolítica española y la portuguesa tras su encuentro con el Nuevo Mundo

MARÍA DEL PILAR OSTOS CETINA *

RESUMEN. El objetivo de este ensayo consiste en presentar los rasgos característicos tanto del imperio español como del imperio lusitano tras su encuentro con los pueblos asentados en las tierras del Nuevo Mundo. Esto mismo nos permite identificar algunos aspectos de prominentes imperios como lo fueron el azteca, el inca, pero también un tercero, muy relevante en el continente, pero poco estudiado desde el enfoque geopolítico como el chibcha, ubicado sobre los actuales territorios de Colombia y Venezuela. Asimismo, se trata de un análisis que nos permite dilucidar los criterios geopolíticos que implementaron no sólo los exploradores españoles, sino también los lusitanos sobre el espacio de conquista del Brasil, cuya evolución territorial a través del tiempo, dará como resultado la conformación de un impresionante *Heartland*, ubicado en la América del Sur.

PALABRAS CLAVES: España, Portugal, geopolítica, Nuevo Mundo.

ABSTRAC: The goal of this paper is to set up some characteristics of both the Spanish and the Lusitanian empires during their colonization process in the New World. Also, the issues underlined could allow us to identify some prominent aspects of the great regional empires, such as the Aztec, the Inca, but also a third and very important in the continent, but little studied from the geopolitical approach, the Chibcha, located in the present territories of Colombia and Venezuela. Also, it is an analysis that allows to elucidate the geopolitical criteria implemented both by Spanish and Lusitanian in the space conquest of Brazil, whose territorial evolution over the colonized period resulted in an impressive country in the heartland in South America.

KEYWORDS. Spain, Portugal, geopolitic, New World.

RECIBIDO: 15 de enero de 2014. **ACEPTADO:** 25 de febrero de 2014.

LA CONQUISTA DE UN NUEVO MUNDO: BOTÍN DE UNA COMPETENCIA
TRANSOCEÁNICA

Al indagar sobre los primeros exploradores que arribaron al llamado Nuevo Mundo, hoy América, aparecen marinos y piratas de origen griego,

* Académica e investigadora del CESNAV, <mpostos@yahoo.com>.

fenicio, romano, indonesio y hasta chino, quienes se aventuraron a través de las aguas del Atlántico, es decir, del “mar océano”, en busca de otros aprovisionamientos y nuevas rutas comerciales antes de que los portugueses y los españoles se decidieran a hacerlo en pleno auge del mercantilismo (Hatcher, 2005: 12-32; Menzies, 2005).¹

Se trató de un momento clave en el que los expedicionarios ibéricos, particularmente los portugueses, colocaron a prueba la resistencia de sus barcos con la finalidad de transitar sobre la ancha vía del Atlántico, guiados por los recursos cartográficos que conservaron celosamente; al igual que lo hicieron los escoceses con el propósito de emprender expediciones que pudieron haber tenido por objeto encontrar nuevas tierras, donde seguramente los miembros de los Templarios pudiesen considerarse a salvo, lejos de sus poderosos perseguidores como eran en ese momento el papado y Felipe IV, rey de Francia (Hatcher, 2005: 34-94).²

Eso explica que en medio de la persecución incesante a la que fueron sometidos, buena parte de los miembros de la orden templaria, concentrada mayoritariamente en el territorio francés, tuvo que desplazarse a lo largo y ancho del continente europeo en busca de un lugar confiable como Portugal. Convertido en una especie de puerto seguro, auspiciado por el rey Alfonso IV (1325-1357), quien fuera *Gran Maestre* de la orden Templaria y promotor del envío de algunos barcos expedicionarios en dirección al Atlántico. Esta práctica fue perseguida por su hijo, el príncipe Enrique “el Navegante” (1394-1460), heredero de esta connotada tradición marítima lusitana.³

¹ De acuerdo con el estudio de David Hatcher, “es probable que existiesen técnicas de navegación mucho antes de lo que permite suponer la documentación existente. [Incluso] es probable que la piratería se desarrollase en paralelo a la navegación, pero según la mayoría de enciclopedias y diccionarios, la piratería se remonta al tiempo de los fenicios (año 1000 a.C.), considerados el primer pueblo de navegantes del Mediterráneo”.

² Sobre el tema de los Templarios, se trataba de un conjunto particular de hombres cultos, estadistas, peregrinos de cualquier religión, no sólo cristianos, hábiles navegantes versados en política, aliados con la gran hermandad de navegantes que había creado un imperio comercial en tiempos de los fenicios. Se les ha vinculado hasta la actualidad como protectores del saber y de objetos sagrados. Hay quienes, además, sostienen que el origen de los Templarios se remonta a los tiempos de la construcción del Templo de Salomón por albañiles fenicios de Tiro, o incluso a los de la Gran Pirámide o la Atlántida, pero el origen de su historia moderna se encuentra en la Edad Media, en la época de las Cruzadas.

³ Enrique “el Navegante” también se integró como *Gran Maestre* de la orden de los Caballeros de Cristo, la nueva orden templaria en Portugal.

Así, a partir del predominio de su flota, Portugal se convertiría en uno de los más destacados reinos de entonces. Surca, particularmente, los del continente africano en lugares como Namibia y el Congo, convertidos en un auténtico botín para la corona lusitana. De la comercialización de esclavos, oro, marfil y especias, se extraían importantes dividendos, lo que a la postre contribuyó a la profesionalización de sus navegantes, pero además al perfeccionamiento de sus embarcaciones transoceánicas, como fue el caso de las famosas carabelas.

En medio de este connotado prestigio de los lusitanos, el entonces navegante de origen italiano, Cristóforo Colombo, en castellano Cristóbal Colón, se propuso convencer al rey Joao II de Portugal para efectuar la inversión de un ambicioso proyecto que les llevaría a transitar por las aguas occidentales del Océano Atlántico hasta alcanzar la isla de Cipango (Japón) en el Oriente. La idea resultó interesante, pero poco convincente en términos financieros, más aún cuando en opinión del rey Joao II, Colón no era más que “un gran hablador, muy vanidoso al alardear de sus virtudes, y exagerado al fantasear e imaginar su isla de *Cipango*”. Por consiguiente no tardó en rechazar su propuesta. No obstante, de forma secreta, el rey decidió enviar sus propias embarcaciones hasta las islas Azores con la finalidad de constatar la viabilidad de explorar nuevos destinos, allende del amplísimo mar Atlántico (Sampaio, 2000: 18 y 19; De Castro, 1994: 27-29).

¿CIPANGO O UN NUEVO CONTINENTE?: LA QUIMERA DE COLÓN

Lo anterior no fue más que uno de varios intentos por acercarse de manera real y permanente a nuevas tierras, provistas de incalculables tesoros, a través de las rutas que los anteriores marinos habían trazado en sus mapas. Todo esto tenía la finalidad de alcanzar de forma expedita los aprovisionamientos básicos para todo el conjunto de los reinos que conformaban la Europa de la época que, en medio de todo lo anterior, experimentaba un crecimiento exacerbado de su demografía. Los gustos de sus élites eran cada vez más refinados. Demandaban toda clase de materias primas y de metales preciosos, lo mismo que de alimentos y especias, destinadas estas últimas a la conservación prolongada de los víveres y comestibles (Cipolla, 1998: 12 y 13).

Retomando la vida personal de Colón, algunos biógrafos, entre ellos David Hatcher, confirman la importancia del casamiento de éste con la

portuguesa Felipa Moniz de Perestrello, hija de Bartolomé Perestrello, marino al servicio de Enrique “el Navegante”. A partir de esa posición familiar, Colón adquirió gran parte de su habilidad y destreza como marino al lado de los lusitanos, quienes los adiestraron en el manejo de las cartas de navegación y la maniobra de embarcaciones como las carabelas, con las que años después emprendería su viaje hasta toparse con las Indias americanas.

Además de navegante, Colón se destacó también como un hábil comerciante, pues ante la negativa del rey lusitano, se propuso llamar la atención de los reyes de España y de los más acaudalados banqueros, algunos de origen judío, a quienes buscó persuadir para invertir sendos capitales en la que vendría a ser la Compañía de Indias, cuyo principal objetivo se centró en la apertura de nuevos mercados transoceánicos.

A todo esto, el posterior involucramiento de Colón con la realeza española se manifestó, además, en su apego a la lengua castellana, que se mantuvo siempre presente en sus escritos y su correspondencia, ya que la empleó para bautizar sus primeros hallazgos en América. Un ejemplo de ello fue La Española (hoy Haití y la República Dominicana). Mientras que en lo que respecta a su factible condición como judío, aspecto que se ha buscado mantener de bajo perfil, se asegura que de ser cierto le facilitó en gran medida su contacto con las personalidades más adineradas e influyentes dentro del imperio español para echar a andar su anhelada expedición con rumbo a otros continentes.

Sobre la cuestión judaica que encierra la vida de Colón, existen algunas otras coincidencias que llaman la atención. Una de ellas fue que justo cuando estaba por iniciar su viaje, en toda España se comenzó una fuerte persecución animada por la Santa Inquisición con el propósito de expulsar tanto a árabes como a judíos, y cuyo *ultimátum* se dio para el día 3 de agosto de 1492, un día antes de que zarpara la tripulación de Colón y que, al parecer, estaba conformada por un notable número de judíos muy diestros en las cuestiones de la cartografía y la navegación marítimas. Al igual que los árabes, inmersos en la configuración racial de lo que hasta la actualidad somos los hispanoamericanos, ésta es otra raíz a considerar (Hatcher, 2005: 162-168).⁴

⁴ Asimismo se expone la hipótesis de que Colón, al sentirse identificado con la causa judía, su apego a aquellas raíces le pudieron haber traído a la memoria un hecho en particular, cuando en la antigüedad el rey Salomón, con el propósito de edificar su Templo en Jerusalén, mandó hacer numerosos viajes a la tierra de Ofir (que podría haber sido Haití),

EL ENCUENTRO CON LAS INDIAS AMERICANAS

Mientras la meta final de Cristóbal Colón en 1492 fue la de arribar en sus tres carabelas a las Indias orientales en dirección al lugar quimérico de Cipango, tomando la ruta más rápida y efectiva por el Atlántico, lo cierto fue que, convencido de haberlo logrado, tras encontrar tierra firme en aguas del Mar Caribe y no del Índigo, su primera expresión frente a los nativos que habitaban aquellas tierras de profundo verdor y exuberancia natural fue la de bautizarlos con el apelativo de *indios*.

A partir de entonces, el territorio “indio” recién hallado en ese Nuevo Mundo, que más adelante asumirá el nombre de América, quedó a merced de estos navegantes transatlánticos, quienes se dedicaron a hacer minuciosas y exhaustivas exploraciones en distintas direcciones a lo largo y ancho del territorio recién encontrado. Con el paso del tiempo, los exploradores europeos quedaron atónitos frente a la incalculable riqueza natural, pero también ante el avanzado nivel de progreso alcanzado por estos pueblos indígenas, los cuales ostentaban una adelantada organización socioeconómica, cultural, científica, religiosa y geoestratégica (De Castro, 1994: 15-169).⁵

Para estos primeros europeos se trató de una frenética, pero también arriesgada, búsqueda que los condujo a descubrir prominentes civilizaciones e imperios ancestrales, acaudalados de todo tipo de riquezas naturales. Su avaricia los condujo prontamente a someter a sus líderes aborígenes con la finalidad de dominar cada uno de estos nuevos territorios.

Fue entonces sobre la estructura imperial alcanzada por las más prominentes civilizaciones, la azteca y la inca, que los europeos se abalanzaron hacia la búsqueda de mayores riquezas, afrontando las condiciones climáticas del trópico, todo con la finalidad de atender los rumores de la población nativa, que permanentemente hacía mención de algo a lo que

en busca de oro para pagar la construcción de su famoso templo, y que según los estudiosos del tema, estas tierras podían haber correspondido a las costas del actual continente americano.

⁵ De acuerdo con De Castro, el nombre de América tiene varios orígenes. Por un lado, algunos estudiosos lo atribuyen al nombre que los indígenas le daban a un macizo ubicado en Nicaragua. Otros aseguran que proviene de la ciudad indígena —*Americapana*— en la costa venezolana de Cumaná. Pero también está la versión en la que se asegura que, tras la expedición del italiano Américo Vesputio y el envío de su correspondencia a Italia, narrando los hallazgos descubiertos en el Nuevo Mundo, se adoptó su nombre para bautizar ese nuevo territorio visto por él al otro lado del Atlántico.

denominaban como *El Dorado*. Esa misma motivación fue la que llevó a estos primeros expedicionarios europeos hacia su encuentro con un tercer imperio: el de los chibchas, quienes eran pobladores ubicados entre los actuales territorios de Panamá, Colombia, Venezuela y el norte del Ecuador (Montaña, 1963: 43).⁶

Al respecto, cabe resaltar que a diferencia de los aztecas e incas, los chibchas no lograron estructurarse como un imperio homogéneo, sino que más bien fueron un mosaico de muchos grupos dispersos, sin un centro político visible y escasamente intercomunicados. En consecuencia, su interacción con los dos imperios vecinos era complicada, lo que impidió la creación de un sólido y verdadero puente cultural entre la América precolombina del norte y la del sur. Así el imperio chibcha es un clásico ejemplo de lo que en geopolítica se reconoce con el nombre de “Estado tapón” (Meira, 1997: 61).⁷

A partir de ese primer encuentro que tuvieron los exploradores europeos con el imperio chibcha, producto de la necesidad de encontrar caminos alternos que aseguraran sus pasos tras las huellas de El Dorado, los europeos se toparon con un imperio resguardado por la soledad y el anonimato, forjado por las fuerzas de la naturaleza y por el aislamiento de sus pobladores que aparecían dispersos en pequeños núcleos sociales o una especie de *guetos* dentro de esa geografía dual: la caribeña y la andina.

Precisamente, sobre ese perfil que define al imperio chibcha, se afirmaron los trazos que delinearán la geopolítica del Estado colombiano en

⁶ El origen del nombre de Nueva Granada se remonta a la llegada del español Gonzalo Jiménez de Quesada, quien al arribar por primera vez a los territorios ocupados por los pobladores muiscas, en la actual capital de Bogotá, exclamó: “¡Tierra buena y serena! ¡Tierra que pone fin a nuestra pena!”, al quedar deslumbrado por la belleza del paisaje, la clemencia del clima, la abundancia y la riqueza que ofrecía este lugar; por lo que encontró un gran parecido entre la Sabana de Bogotá y su natal vega de Granada. En ese sentido, el propio Jiménez de Quesada expresó que “por las cordilleras que la circundan y las colinas que interrumpen la planicie de Bogotá, le pareció que se trataba de un jardín sembrado de torres, por lo cual le dio el nombre de Valle de los Alcázares. La Serrezuela de Suba, le sugería la Sierra de Elvira; las colinas de Soacha, le recordaban las del Suspiro del Moro; y los empinados cerros que se alzan frente a Bogotá, le recordaban los que a Granada rodeaban. Su imaginación andaluza le hacía ver en estas exóticas y originales tierras, el pueblo, el río y los montes que viera desde su infancia”.

⁷ De acuerdo con Carlos de Meira Mattos, “la separación entre los territorios de Estados antagónicos se realiza estableciendo un espacio neutro. A este espacio se le acuerda el *status* de Estado. De tal manera, dotado de soberanía propia, el Estado-tapón, reconocido por los dos oponentes y en la mayoría de los casos por la comunidad internacional, abriga a un pueblo autónomo y es verdaderamente una unidad independiente”.

sus diferentes momentos. Todo esto enmarcado en un permanente aislamiento y dispersión de sus centros de poder, lo que a su vez le impedirán concretar alianzas duraderas, menos aún con sus dos vecinos imperiales: el mesoamericano, entre la región del Mar Caribe y Centroamérica, y el incaico, comprendido en la región de los Andes.

Sobre el desconocido y poco estudiado imperio chibcha, la experta Sylvia Broadbent opinó que éste bien podría ser considerado como uno de “los tres grandes centros de alta cultura junto con los Mayas-Nahuas y los Incas” (Broadbent, 1964: 9). El gran problema para su estudio se encuentra, según la misma académica, en la pérdida de fuentes históricas primarias, lo que contribuyó a la desaparición de testimonios y de relatos elaborados por los propios indígenas. Sin embargo, las fuentes de mayor consulta para este tipo de estudios provienen de la correspondencia y de las crónicas realizadas por frailes y personajes españoles, como Gonzalo Jiménez de Quesada, quienes, tras penetrar por el Mar Caribe y descender por la compleja geografía colombiana, lograron llegar hasta el altiplano cundi-boyacense, considerado el centro político más avanzado de la cultura chibcha, posteriormente convertido en el centro de las instituciones políticas del virreinato durante la etapa colonial y conservando esa misma característica hasta nuestros días.

En esencia, los Chibchas fueron un grupo cultural amplio, integrado por numerosas familias que en la mayoría de los casos se encontraban “unidas” por un elemento en común como fue la lengua, extendida desde el territorio actual de Nicaragua hasta las inmediaciones de la parte norte del Ecuador: una amplia acumulación de diferentes tipos de territorios, montañas, páramos, planicies, llanuras y, sobre todo, de selvas que tienden, según el geopolítico colombiano Julio Londoño, al aislamiento de esta vasta región intermedia entre la parte norte y sur de todo el continente americano.

En el caso de las principales familias aborígenes que integraban la cultura chibcha, los estudios sobre el tema señalan que se trató de grupos que vivían aisladamente, derivado de sus propias condiciones geográficas y topográficas ya mencionadas. Ésta es una costumbre que tendrían que abatir los españoles, al obligar a los indígenas a mudarse a las aldeas más pobladas, con la finalidad de concentrarlos y, de este modo, facilitar su adoctrinamiento y evangelización. Al respecto, María Victoria Uribe señala que a “los ojos de los conquistadores, la población nativa padeció de una fragmentación política extrema y su comportamiento en general

manifestó una gran belicosidad; la única excepción la constituyeron los *muiscas*, habitantes del altiplano cundi-boyacense (en el centro del país), cuyo sometimiento no presentó mayores dificultades” (Uribe, 1992).

Por su parte, los pobladores de la región del Caribe, con excepción de la Sierra Nevada de Santa Marta, habitada por los taironas, acostumbrados a vivir bajo una estructura urbana, suficientemente adelantada a partir de una original red de caminos, convivían en lo general de forma dispersa, teniendo como único medio de intercomunicación y de contacto al curso fluvial del río Magdalena. Asimismo, se trataba de pueblos que sobresalían por su connotada condición física y atlética para resistir las inclemencias del calor tropical y la humedad de la región. Por tal motivo fueron acusados de canibalismo, lo que se convirtió en el pretexto por el cual los exploradores foráneos como los españoles decidieron esclavizarlos y al final exterminarlos (Cárdenas, 1992).⁸

Entre tanto, en la costa del Pacífico habitan pueblos aborígenes dedicados a la pesca, la caza y la agricultura, asentados muy cerca de la línea de los manglares sobre cerros artificiales, cuyas construcciones tenían por objeto aislar a los indígenas de la extrema humedad que hasta la actualidad sigue caracterizando a esta zona, calificada como una de las de mayor concentración de lluvias en el mundo.

Mientras que en la región andina, los grupos agrícolas habían logrado una adaptación favorable a las condiciones de la cordillera, asentándose y colonizando los pisos térmicos contiguos con el fin de acceder a productos de distintos climas en otras poblaciones. Esta condición se practicó en los fríos altiplanos de Cundinamarca, Boyacá y Nariño, en la montaña de los Santanderes, en las cordilleras occidental y central y en la Sierra Nevada de Santa Marta, cuya organización, en cada uno de estos lugares, contrastaba con la de sus vecinos, particularmente en las áreas inferiores de la cordillera, justamente en los valles cálidos, menos cohesionados y con mayor tendencia al nomadismo, como se presentan en las solitarias regiones de los llanos y la amazonia colombo-venezolana.

Entre la resistencia y la sumisión a los colonizadores tras el desembarco de la tripulación que viajó junto a Colón a finales del siglo XV a la América precolombina, los integrantes de esta compañía se empeñaron

⁸ Los grupos costeros en general tenían una gran movilidad, con excepción de los cacicazgos de la Sierra Nevada, la depresión momposina y la península de la Guajira, cuya organización sociopolítica se fincó sobre la llanura caribeña a partir de los recursos acuáticos del mar, los ríos y las ciénagas características de este lugar.

en recorrer cada tramo y rincón de esta magnífica geografía a cambio de tierras, riquezas y un nuevo *status* que los diferenciara del pasado que habían dejado atrás en cada uno de sus países de origen.

Bajo esta idea, el propósito de conquista de los territorios precolombinos terminaría por convertirse en una complicada experiencia para los europeos, que además de lidiar con un clima poco usual, la vegetación selvática, la fauna salvaje, los caminos rudimentarios, etcétera, los llevaría a establecer toda suerte de estrategias para contrarrestar la presencia de numerosos combatientes indígenas, comenzando por un uso más racional de sus armas y de sus medios de transporte, destacándose frente a los adversarios locales el empleo de la fuerza de animales como el caballo, una herencia proveniente de los pueblos árabes.

Esto explica las estrategias de expedicionarios como Francisco Hernández de Córdoba y Juan Grijalva a las costas de Yucatán y el Golfo de Campeche en 1517. Pero también de Hernán Cortés y su contingente, que se había desplazado desde la isla de Cuba hasta los litorales en Veracruz, para posteriormente avanzar en dirección a la poderosa ciudad de Tenochtitlán en la meseta central. Fue una tarea de dominio bastante ardua para los recién llegados, la cual concluiría con la celebración de la primera batalla naval en el continente, precisamente en las aguas lacustres del valle de México, cuya victoria fue para Cortés que se convirtió muy pronto en gobernador de lo que sería el Virreinato de la Nueva España (Appendini, 1983: 38-39).⁹

Además de las expediciones de lo que más adelante se convertiría en el territorio mexicano, se realizaron otras por toda la región Mesoamericana hasta Castilla del Oro, la actual Panamá, lugar que se convirtió en la plataforma de avanzada de los españoles, como Vasco Núñez de Balboa, Sebastián de Benalcazar, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, quienes se encargaron de inspeccionar las aguas del Océano Pacífico, con miras a alcanzar nuevas costas, pero también tierras firmes donde localizar por fin el anhelado tesoro de El Dorado.

Fue entonces Pizarro uno de los primeros en solicitar a las autoridades imperiales en España el envío de armas, pertrechos y más refuerzos para

⁹ El sitio de Tenochtitlán se inició en el mes de mayo de 1521, al mando de Cuauhtémoc, quien dirigió el ejército que defendería la capital del imperio por un periodo de 85 días hasta cuando Cortés ordenó cortar el suministro de agua, atacar las canoas, casas y los palacios hasta la rendición definitiva de la ciudad al poder español. Y a partir de ese momento comenzó la reconstrucción de la opulenta Ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlán.

ser empleados en la conquista del Perú. Su travesía en este territorio se inició en la ciudad de Cajamarca, lugar que acogía a Atahualpa, considerado el máximo líder de los incas, a quien se le exigió de inmediato someterse a la autoridad imperial de Carlos V y al cristianismo; sin embargo, su negativa a hacerlo lo condujo a morir en la hoguera en el año de 1533.

Este mismo hecho terminaría por desatar una marcada resistencia por parte de los súbditos de Atahualpa, lo mismo que de los pobladores de la capital del imperio en Cuzco, convertida en una auténtica fortaleza para resguardar a otro importante miembro de la realeza inca, como fue el caso de Tupac, hermano de Atahualpa, quien al final terminó siendo vencido por las fuerzas de Pizarro. Este momento marca el inicio de una nueva organización política bajo el nombre del Virreinato del Perú (Appendinni, 1993: 42-47).

Simultáneo a los acontecimientos que marcaron el futuro de los territorios aztecas e incas, en el caso del territorio chibcha avanzaban por tierra 700 hombres y 80 caballos siguiendo la ruta paralela que marcaba de norte a sur el curso del río Magdalena. Se trataba de un contingente al mando de Jiménez de Quesada, quien controló de forma certera con arcabuces y ballestas las escasas poblaciones que encontraba a su paso. Mientras eso sucedía por tierra, las flotillas que se habían internado por el río Magdalena habían tenido numerosos problemas para avanzar, como fue el naufragio de varios soldados, la escasez de víveres, la humedad tropical de la zona y las enfermedades ocasionadas por las picaduras de insectos y otro tipo de especies propias de la fauna tropical de la zona.

De manera que Jiménez de Quesada y sus hombres, esos mismos que lo acompañaban por tierra, tuvieron que seguir su expedición con bastante trabajo, ya que no solamente se encargarían de la apertura de caminos en medio de la espesura selvática, sino además estaban obligados a lidiar con las respectivas consecuencias del desbordamiento del río en medio de prolongados temporales de lluvia. No obstante, la condición de estos hechos cambió cuando los sobrevivientes de esta travesía arribaron al poblado de “La Tora” (Barrancabermeja). Un sitio donde brotaba del suelo un aceite viscoso, que con el tiempo se conocerá con el nombre de petróleo, pero donde además sus pobladores subsistían gracias a los cultivos del maíz y de un tubérculo como la yuca, convertidos ambos en alimentos que evitaron la pérdida e inanición de un mayor número de vidas entre el contingente español (Montaña, 1963: 44-45).

Una vez que los expedicionarios reforzaron sus aprovisionamientos, marcharon de forma paralela al curso del río Opón, donde vieron una canoa que transportaba a tres indígenas que planeaban huir. Sin embargo, uno de los ellos fue capturado y entre sus pertenencias le fue encontrada una manta de colores, al tiempo que una vasija de sal dura y blanda, distinta a la sal de mar, lo que confirmaba entonces la existencia de una comarca fría sobre el altiplano andino con importantes salinas para la sobrevivencia de sus pobladores (Montaña, 1963: 45).

A partir de esta noticia, Jiménez de Quesada se mostró cada vez más optimista para atravesar un impresionante corredor de montañas y valles hasta encontrar, por fin, la anhelada “comarca de la sal”.¹⁰ Justamente en la población de Nemocón (Boyacá), lugar donde se había establecido la primera “gran fábrica” de sal y cerámica sobre las frías planicies de la cordillera oriental, cuyas temperaturas favorecían entre otras cosas los cultivos de papa, trigo, maíz, cebada, algodón y por supuesto de sal, lo mismo que de piedras brillosas de color verde conocidas como esmeraldas.

Pero será hasta 1538 cuando estos mismos expedicionarios encontrarán por fin el conglomerado indígena más importante, numeroso, rico y organizado de los hibchas, a quienes les denominaron como “muisca”. Se trataba de un apelativo que representaba la relación entre dicha cultura y las moscas, pues salían de todas partes pretendiendo emboscar a los conquistadores.¹¹ Un año antes de la llegada de los españoles, se estima que los muisca eran un poco más de un millón, organizados en 56 tribus, adscritas a la confederación de los máximos líderes políticos que competían por su permanencia en el poder como fueron los casos del *zipa de Bacatá* (jefe de Bogotá) y el *zaque de Hunza* (jefe de Tunja), siendo éste un sistema en el que cada poblado-Estado era miembro de la confederación y, por lo mismo, debía toda su lealtad al zipa y al zaque, ofreciéndole tributos y recursos comerciables a cambio de protección y seguridad.¹²

¹⁰ Las fuentes saladas más grandes e importantes de la región muisca se localizaron en las poblaciones de Nemocón, Zipaquirá y Tausa.

¹¹ Los muisca estaban ubicados en el altiplano Cundiboyacense, el cual se extendía desde el norte del departamento de Boyacá hasta el páramo de Sumapaz, y desde las faldas de la Cordillera Oriental hasta el Río Magdalena, limitando con las tribus Pijaos y Opitas, en el departamento del Tolima.

¹² Bacatá, nombre de la capital de los zipas, significa “cercado fuera de la labranza”. La ciudad de Santafé de Bogotá sería fundada al pie de los cerros Monserrate y Guadalupe, en Teusaquillo, sitio de recreo del zipa. Durante toda la época colonial, Funza se llamó Bogotá, y el 6 de septiembre de 1810, por decreto de la Junta Suprema de Santafé, recibió el

Respecto de la elección de la autoridad política entre los muisca, los zipas y los zaques se sucedían de tío a sobrino. El elegido era llevado a un seminario por tres años, donde los *xequés* (sacerdotes) les enseñaban teología, el arte de interrogar a los astros y deidades de la naturaleza (en especial al sol, la luna, las montañas y el agua), la política de la historia de sus antepasados, y además se les sometía a un severo ayuno y a la más absoluta continencia. Así, el nuevo soberano era consagrado en una ceremonia especial, una especie de baño ritual en las aguas de la laguna de Guatavita, donde asistían sus súbditos para ver cómo su líder era cubierto enteramente de polvo de oro y sumergido en estas aguas, lo que creaba a la vista de todos la imagen del “hombre dorado”, imagen convertida en una fabulosa leyenda que llegaría a oídos de los pobladores más lejanos al lugar, incluyendo a los propios exploradores extranjeros.¹³

La dominación del territorio muisca a manos de los europeos no resultó tan duradera a diferencia de las experiencias de resistencia que se presentaron con los aztecas y los incas, debido en parte a la escasa cohesión político-militar de los pobladores chibchas y, por supuesto, a la dispersión geográfica y distanciamiento entre cada poblado con respecto de su principal centro del poder. Eso explica, además, los incipientes criterios para el establecimiento de alianzas sólidas y lealtades duraderas, necesarias en el establecimiento de un óptimo sistema de defensa y seguridad, el cual quedó plenamente registrado en las permanentes rivalidades entre la entidad central de Bogotá (Bacatá) y la del interior, representada en la provincia de Tunja (Hunza).

Lo anterior se convierte entonces en piedra angular del devenir del modelo geopolítico colombiano, caracterizado por esa pugna, aún vigente, entre la capital (Bogotá) que encarna el centralismo y el resto de los departamentos que abogan por un modelo en el que se privilegie la autonomía de las regiones del interior.

título de Villa de Santiago de Bogotá. El 17 de diciembre de 1819 el Congreso de Angostura le dio a Santafé el nombre de Bogotá.

Ver más datos en la página electrónica de la Biblioteca Luis Ángel Arango: <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero1992/febrero3.htm>>.

¹³ *Diccionario Enciclopédico Salvat Universal*, Barcelona, Salvat, 1981, p. 173.

EL MODELO GEOPOLÍTICO PORTUGUÉS EN LA AMÉRICA DEL SUR

Al tiempo que los conquistadores, en su mayoría españoles, comenzaron por explorar las islas del Caribe hasta adentrarse en la parte continental que los llevaría a descender de norte a sur, es decir, desde México hasta alcanzar el entramado montañoso de los Andes y proseguir el curso de los ríos hasta alcanzar las tierras comprendidas en el Mar del Plata, en la actual Argentina, muy cerca de ahí, los portugueses, con Pedro Álvarez Cabral, se preparaban para explorar el territorio de Santa Cruz en 1500, al cual posteriormente bautizarían con el nombre de Brasil.¹⁴

Bajo estas circunstancias, la América en aquel tiempo se convirtió en una especie de tablero de ajedrez, en el que sus dos principales competidores, España y Portugal, emplearon todo tipo de estrategias para obtener el control no sólo territorial de las nuevas colonias, sino también el dominio de las rutas marítimas, los mercados y los productos que potenciarían su economía y, por ende, su posición hegemónica en Europa y en el resto del mundo conocido hasta entonces.

Justamente esa competencia que se inició en el siglo XV entre los lusitanos y los españoles definió el juego de alianzas que mantendría polarizados a los reinos europeos entre aquellos que compartían un interés en común como fue el caso de los Estados pontificios (Italia) y España, en oposición a los vínculos entre Portugal e Inglaterra. Pero esa rispidez a la que llegaron las relaciones entre los reinos de la Península Ibérica, los obligó en su momento a optar por la vía diplomática para dirimir tales diferencias en torno a las posesiones en el Nuevo Mundo.

En ese sentido, el mediador o árbitro en este diferendo fue la Iglesia católica, encabezada por el papa aragonés Alejandro VI, quien emitió la *bula inter caetera o*, bula de partición (1493), que se encargó de establecer —sin mucha precisión— las líneas geodésicas (sobre meridianos y paralelos) que autorizaban, en este caso a España, a tomar posesión de “todas las islas y tierras firmes, descubiertas o por descubrir, situadas a 100 millas al Oeste del meridiano de las islas Azores y Cabo Verde”, situación que a su vez favorecía que territorios como el brasileño hicieran parte de las nuevas posesiones del reino de Castilla (Meira, 1997: cit.: 99).

¹⁴ Dicho nombre deviene de la abundancia de árboles a los cuales los nativos del lugar les denominaban como palo-brasil (*pau-brasil*).

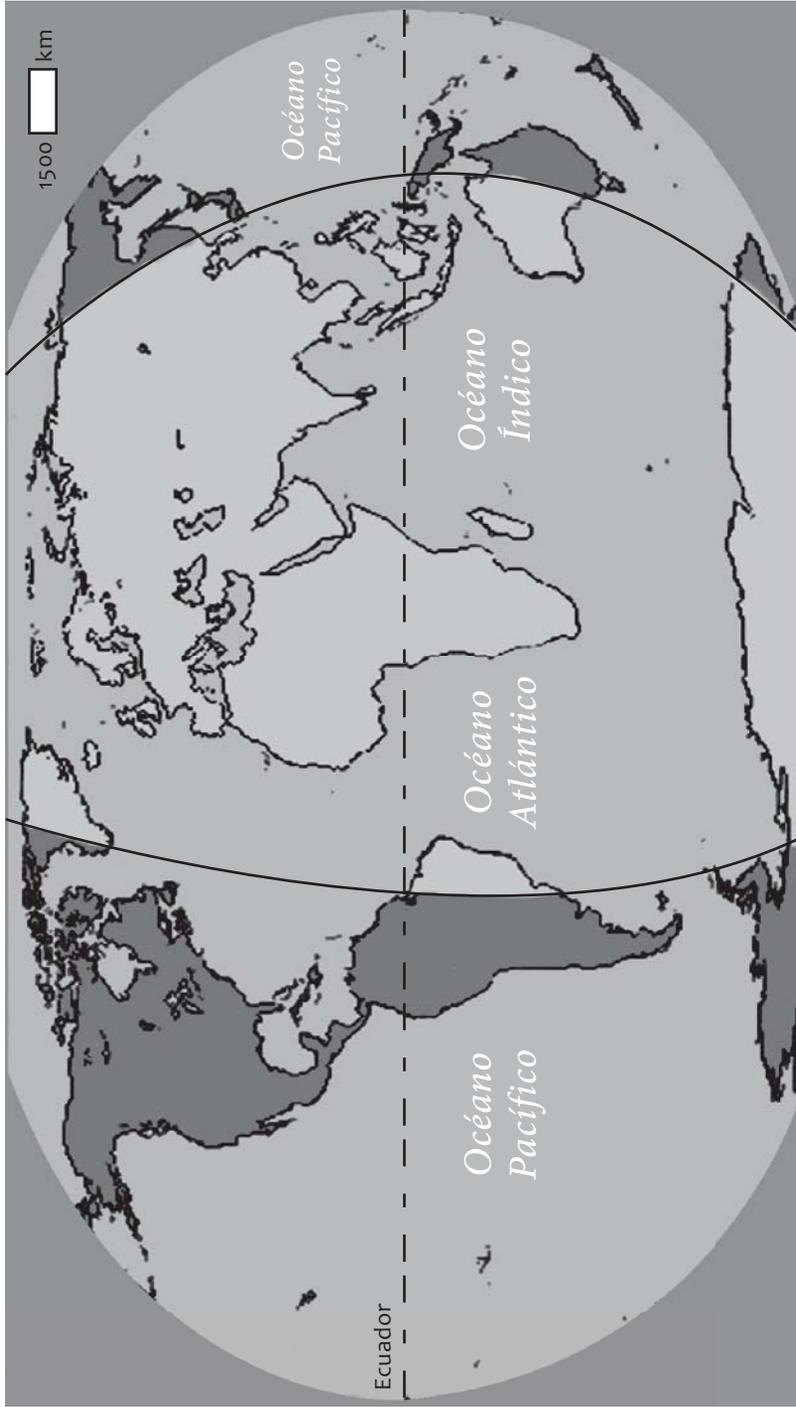
Obviamente, las reacciones desde Portugal no se hicieron esperar. El entonces rey Juan II rechazó el cumplimiento de esta bula y, tras exhaustivas negociaciones diplomáticas, logró la firma de un nuevo tratado que tomaría el nombre de la población castellana de Tordesillas, el 4 de junio de 1494, en el cual se acordó que el límite de las posesiones ultramarinas de los reinos de Castilla y Portugal pasaría por el meridiano situado a 370 millas al oeste del archipiélago de Cabo Verde. El establecimiento de este meridiano determinaría que el límite de las posesiones en América del Sur se iniciaba en la boca del río Amazonas a la altura de la actual ciudad de Belén (Brasil), y se prolongaría hacia el sur hasta el lugar donde se encuentra el llamado Puerto de la Laguna (Sampaio, 2000: 41-44).

Aparentemente, una vez ratificado por ambas partes el Tratado de Tordesillas, el dominio de los portugueses en América correspondería a un segmento muy reducido del actual territorio brasileño que no incluía el Amazonas, ni el centro-oeste, ni el extremo sur. Sin embargo, la realidad era otra, ya que de acuerdo con Teresina de Castro, quien realmente ocupó la posesión más insignificante y menos importante fue España, puesto que el tratado favoreció ampliamente a los lusitanos al adjudicarles menos tierras en América, pero mayor control del Atlántico o del Mar Océano, que representaba a su vez su supremacía en África, pasando por el Índigo hasta llegar al Pacífico, tal como se ilustra en el mapa 1. (De Castro, 1994: 30).

Al respecto, Leopoldo González explica que el modelo geopolítico de los portugueses se fundamentaría en hacer “converger dos grandes líneas de fuerzas en L, proyectadas sobre la mayor parte del Atlántico y la totalidad del Índigo” (González 1992). Entre tanto, la concepción geopolítica de la España imperial se proyectaba en forma de “cruz”, justamente a partir del eje vertical que atravesaba a América desde Alaska hasta Chile, desplazándose especialmente por el lado o la vertiente americana del Pacífico, mientras el eje oriente-poniente se extendía horizontalmente desde Filipinas hasta las Canarias, a través de la parte más ancha del Pacífico, al tiempo que penetraba y cruzaba todo el Atlántico, a la altura del Caribe”, consolidando al Virreinato de la Nueva España (México) como el punto más importante de esta intercesión (González, 1992: 99).

Si bien ambos modelos se fueron consolidando con el tiempo, las circunstancias históricas y políticas modificaron la correlación de fuerzas a partir del anuncio que hizo el rey español Felipe II, al promulgar la Unión

Mapa 1.



■ Línea de demarcación del Tratado de Tordesillas ■ Hemisferio para Castilla ■ Hemisferio para Portugal

Ibérica, que vinculaba en cabeza de un mismo monarca a España y a Portugal entre los años 1580 a 1640 (Sampaio, 2000: 51).¹⁵

Sin embargo, los resultados de esa unión entre estos dos reinos antagónicos fueron más allá de los hechos previsibles, empezando por las incursiones terrestres y fluviales que llevó a cabo el movimiento de exploradores o *bandeirantes* (Sampaio. 2000: 98-113)¹⁶ en Brasil, al tomar posesión de los territorios del centro y el oeste, ubicados más allá del meridiano de Torresillas. De esa manera, los exploradores lusitanos emprendieron lo que se conoce como la “Marcha al Oeste”, trasladándose de ciudades y puertos que habían erigido estratégicamente sobre las costas del Atlántico como San Pablo, Río de Janeiro y Salvador Bahía, hasta adentrarse en los lugares más recónditos de una geografía caracterizada por abundantes zonas selváticas y tropicales, habitadas en muchos de los casos por tribus autóctonas, que permanecieron hasta ese momento ajenas al vaivén de los hechos ocurridos en las zonas portuarias y más pobladas sobre el Océano Atlántico. Esto a su vez determinó el grado de dificultad que tuvieron que afrontar los exploradores para someter a dichos poblados, los cuales se habían estructurado de forma independiente.

Las travesías emprendidas por los *bandeirantes*, además de servir para tomar control de poblados indígenas y establecer su autoridad sobre ellos, permitió el descubrimiento de importantes fuentes económicas, concretamente de minas de oro, diamantes, además de excelentes tierras que poco después se ocuparon con inmensos sembradíos de caña de azúcar. Sobre la cuestión minera, este rubro pasaría a convertirse en la principal fuente de ingresos para los lusitanos durante la época de la Colonia, donde el estado de Minas Gerais fue el más rico en la producción aurífera, seguido de otros estados del interior como Goiás y Mato Grosso, los cuales se convertirían en auténticos centros de producción minera, cuyo auge demandaría mayor mano de obra, la cual fue traída desde el otro lado del Océano Atlántico, precisamente desde las colonias lusitanas en África, convirtiendo la trata de esclavos africanos en un componente más de la actividad mercantil que venían adelantando los exploradores europeos, no sólo en Brasil sino en el resto de colonias en todo el continente americano.

¹⁵ Esa unión luso-española tuvo su origen en los casamientos reales entre las casas de Madrid y de Lisboa.

¹⁶ Tomado del portugués, la palabra *bandeirantes* significa explorador.

Otro aspecto relevante en este mismo contexto tuvo que ver con la presencia de las misiones jesuitas, precisamente en las regiones ocupadas por los indígenas guaraníes, que terminaron por erigirse en localidades distantes, pero a su vez altamente productivas e independientes a los dictados políticos desde los litorales sobre el Atlántico, concretamente de Río de Janeiro, principal centro de poder de los lusos. Este hecho a la postre se convertiría en la manzana de la discordia entre los españoles, portugueses y la propia Iglesia católica al pretender el dominio de tan aislados, pero tan estratégicos y valiosos territorios.

Una negociación derivó en un acuerdo de carácter diplomático a través de la firma del Tratado de Madrid, o lo que también se denominó como el “Tratado de Permuta” (1750), en el que dadas las condiciones sobre las cuales ambos reinos habían extralimitado la normatividad y los límites establecidos en Tordesillas, aceptaba que España tomara posesión en Asia de las ex colonias portuguesas de las islas Filipinas y Molucas, que contribuiría en la concreción de sus proyecciones geopolíticas a nivel mundial.

Mientras que Portugal tomaría pleno control de las tierras que habían sido exploradas “extra-Tordesillas”, mediante el uso del principio del *Uti possedetis* (posee la tierra quien la ocupó y colonizó primero), que llevaron a la práctica los exploradores lusitanos en estos territorios sobre la amazonia, el centro-oeste y el sur del actual territorio brasileño, y que con el tiempo se convertiría en la expresión real y concreta de lo que el británico Harlford Mackinder denominó como *heartland*, es decir, la formación de un gran macizo territorial (Meira, 1997: 102-105).¹⁷

Al calor de estos mismos hechos presentados entre los siglos XVI al XVIII, tiempo durante el cual se estableció el periodo de la Colonia, se mantuvo en firme la guerra entre los Templarios contra el Vaticano y los aliados del Papa, que para este mismo caso se traducía en la competencia entre los reinos ibéricos por el control territorial, y de los recursos naturales, en América.

¹⁷ Sobre otros detalles importantes del Tratado de Madrid (1750) y los siguientes, el Tratado de El Pardo (1761) y el Tratado de Santo Idelfonso (1777) firmado entre Portugal y España, se llegó a un punto de acuerdo sobre las tierras que ya habían sido exploradas por ambos reinos, en el que los portugueses cedieron a los españoles la población de Colonia de Sacramento (situado en el actual territorio del Uruguay) sobre el margen del Río de la Plata frente a la actual ciudad de Buenos Aires a cambio de que los lusitanos tomaran posesión de los Siete Pueblos ocupados anteriormente por los jesuitas.

En ese sentido, el escenario de la confrontación no sólo fue terrestre, sino que se trasladó al ámbito de la navegación. Se trató entonces del auge de los piratas y los corsarios, quienes surcaron las rutas comerciales más importantes entre el Viejo y el Nuevo Mundo, amparados en muchas ocasiones por alguna autoridad en Europa, particularmente de los británicos, quienes más se dedicaron a perseguir y arrebatarse embarcaciones y mercancías transportadas en buques mercantes, principalmente de origen español, que cruzaban el Índico y el Océano Pacífico desde Filipinas hasta Acapulco (México), llevando consigo portentosos cargamentos de oro, plata, especias, alimentos, fibras, objetos de lujo, traídos desde Oriente, cuyo destino final se encontraba al cruzar el Océano Atlántico entre los diferentes mercados y consumidores europeos (Hatcher, 2005: 182).¹⁸

Bajo esta práctica mercantil y naviera, los reinos de Inglaterra, Holanda y Portugal buscaron también proteger sus embarcaciones durante estos recorridos transatlánticos, asestando golpes a las embarcaciones “enemigas” y a los enclaves comerciales en América controlados por España, el Vaticano (Italia) y en ocasiones por Francia. Con referencia a este tipo de actos en tierras americanas, se recuerda la presencia de experimentados marinos como fueron los británicos sir Francis Drake y sir Henry Morgan, ambos motivados por la posibilidad de conseguir y adueñarse de los grandes tesoros en el Nuevo Mundo, ésos que se pretendían a partir de la incesante búsqueda de El Dorado, con lo cual se pusieron en práctica las más variadas estrategias para la obtención de riquezas e importantes ciudades coloniales comenzando por Panamá, Santo Domingo, Jamaica, San Agustín (Florida), Maracaibo, Cuba, Cartagena de Indias, que en su mayoría se habían convertido en importantes baluartes del poderío imperial de los españoles en el Nuevo Mundo, lo que implicaba defenderlas y disputarlas, no necesariamente frente a Portugal, sino frente a los intereses vitales que mostraba la armada real británica bajo el auspicio del reinado isabelino. Todo lo anterior implicó el diseño de nuevas estrategias de carácter geopolítico por parte de los españoles, pero también de los anglosajones para de este modo asegurar el control del eje geopolítico más

¹⁸ La definición de *corsario* proviene de la palabra “corso”, que tiene que ver con la “campana que, en tiempos de guerra, hacían los buques mercantes con patente de su gobierno para perseguir embarcaciones enemigas”. Entre tanto, los piratas en su mayoría habían sido marinos que habían pertenecido a alguna compañía transatlántica, pero que habían decidido lucrar a través del asalto a embarcaciones y enclaves, sin ningún tipo de licencia o restricción gubernamental.

importante a nivel mundial, después del Mediterráneo y que en adelante se ubicará del otro lado del Océano Atlántico, en concreto en las aguas circundantes de la región del Mar Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

- APPENDINI, I. y ZAVALA, S. (1983); *Historia universal moderna y contemporánea*. México: Porrúa.
- BROADBENT, S. (1964); *Los chibchas organización social y política*. Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.
- CÁRDENAS ARROYO, F. (1992); “América: tres civilizaciones y numerosas sociedades intermedias”, en *Revista Credencial Historia*. Bogotá, Edición 34, Octubre.
- CIPOLLA CARLO, M. (1998); *Las máquinas del tiempo*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- DE CASTRO, T. (1994); *Nossa América. Geopolítica comparada*. Río de Janeiro: Biblioteca do Exército.
- Diccionario Enciclopédico Salvat Universal* (1981); Barcelona: Salvat Editores.
- GONZÁLEZ AGUAYO, L. (1992); “La geopolítica de América Latina”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 56, octubre a diciembre. México: FCPYS-UNAM,
- HATCHER CHILDRESS, D. (2005); *El secreto de Cristóbal Colón. La flota templaria y el descubrimiento de América*. Madrid: Nowtilus.
- MEIRA MATTOS, C. (1997); *Geopolítica y teoría de las fronteras*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- MENZIES, G. (2005); *1421. El año en que China descubrió el mundo*. Barcelona: Debolsillo.
- MONTAÑA CUÉLLAR, D. (1963); *Colombia: país formal y país real*. Buenos Aires: Platina.
- SAMPAIO GOES, S. (2000); *Navegantes, bandeirantes, diplomatas. Umensaio sobre a formação das fronteiras do Brasil*. Río de Janeiro: Biblioteca do Exército.
- URIBE, M. V. (1992); “Como era la gente. El poblamiento nativo antes de la llegada de los conquistadores” en *Revista Credencial Historia*. Bogotá, Edición 27, marzo.

MESOGRAFÍA

Biblioteca Luis Ángel Arango:

<<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero1992/febrero3.htm>>, 1983.